

# LA ESCUELA COSTARRICENSE



EN ESTE NUMERO:

**La Cuestión Social ante la Historia**  
**El método histórico**  
**y el espíritu internacional**

por el

**LIC. A. AGUILAR MACHADO**  
**Profesor de Estado**

7863 - IMPRENTA NACIONAL - 1934

# LA ESCUELA COSTARRICENSE

REVISTA PEDAGOGICA MENSUAL

Organo de la Secretaría de Educación Pública

Director: MOISES VINCENZI

---

---

AÑO II

San José, C. R., 15 de octubre de 1934

Nº 23

---

---

## EDITORIAL

*El Lic. don Alejandro Aguilar Machado presenta en este opúsculo algunos motivos interesantes de Filosofía de la Historia. Como los maestros no tienen muchas fuentes de información en la materia, y, por otra parte, el Profesor Aguilar Machado es uno de los elementos intelectuales de más empuje en la República, los resultados de este esfuerzo divulgador han de ser todo lo útiles que reclaman nuestros lectores. Así lo esperamos con fe y con devoción.*

**La Dirección**

## La cuestión social ante la Historia

El torrente de nuevas ideas que está modificando interpretaciones científicas que los investigadores del pasado tuvieron como incommovibles, ha penetrado ya en los dominios de la Historia Universal. Desde que la escuela realista, aplicando el rigor de su método, dió en tierra con los sistemas empíricos que se emplearan para llegar a descubrir la verdad, en las múltiples disciplinas que supone la ordenada investigación del ambiente que nos envuelve o el complejo análisis de nuestra personalidad íntima, los estudios históricos, trasplantados a esos y otros campos, han cobrado un carácter ignorado por no pocos de sus más esclarecidos expositores. Si nos alejamos de los dominios de la naturaleza física, que no nos corresponden, para reparar sólo en los de la evolución humana, podremos anotar hoy que, merced a la cuidadosa investigación de los tratadistas alemanes y franceses modernos, la investigación histórica ha absorbido, en las últimas épocas, la órbita de las ciencias sociales y políticas, que A. Comte bautizó con el término más amplio, más justo y cabal, de Sociología, al extremo que ya parece difícil, por no decir imposible, señalar las lindes que pudieran dividir un campo del otro. Lo que nadie, que siga atentamente la marcha victoriosa de la moderna crítica histórica ignora ya es que en la hora de ahora, poco interés se concede a la vieja trama de los sucesos humanos, tejida con el estudio metodizado de

las guerras, o preparada con un repertorio de anécdotas, ameno e intencionado, sacado de la biografía de las figuras conspicuas, con cuya voluntad o pensamiento se ha ido ensanchando el horizonte de la vida colectiva. Hoy el historiador más que en aquellos hechos, repara en el problema de la evolución de las ideas, que debe prevalecer sobre el militar y guerrero y, también, sobre el íntimo y personal. En este sendero se ha llegado ya hasta la exageración, y por ello nos sorprende como la nota del día, una cruda interpretación materialista de la historia, a cuyo amparo el crítico sólo debe fijar sus miradas penetrantes en la infraestructura social, con olvido absoluto de que el problema colectivo es en el fondo el mismo que el individual, eso sí, proyectándose en el tiempo y el espacio, por lo que si en cada suceso particular puédesse estudiar un complejo de factores psíquicos y físicos, la infraestructura y la superestructura de las agrupaciones humanas, en maravillosa síntesis, se funden, constituyendo la parte medular de cada acontecimiento social. No está fuera de lugar citar aquí una opinión de uno de los pensadores que con más lujo de detalles y profundidad de pensamiento, se han preocupado por trazar el cuadro de la decadencia que afecta a la civilización occidental. Oswald Spengler, en su libro reciente, *Años de Decisión*, al analizar la revolución económica, que, según él, dura ya más de un siglo, se expresa así: "*Si el hombre confunde el suceder histórico con simples problemas económicos, esto constituye una demostración de la decadencia que también se opera en él*". No podemos negar que nos encontra-

mos en perfecto acuerdo con la citada autoridad. Pero, ello no nos impide manifestar, que si hoy la balanza de la investigación histórica se ha desequilibrado por recargar en exceso el platillo en que se mide la influencia de lo económico en la evolución social, ayer existía un desequilibrio en sentido contrario: sólo se reparaba en la influencia que pudieran ejercer en el acontecer humano, los móviles espirituales e intelectuales del hombre.

En todas las épocas se han elevado voces clamando por una organización que supere la existente. Platón, en su tratado de La República, propuso un régimen comunista, y su pensamiento se proyecta en varias obras escritas después del feudalismo, como La Isla de la Utopía de T. Moro, y La Ciudad del Sol de Campanella. El siglo XVIII, caracterizado por haber agitado tantas ideas, no logró originar ningún sistema social digno de tomarse en cuenta. Rousseau y sus imitadores atacaron la propiedad y los privilegios de unos, en detrimento de otros; pero de tales ideas no surgió plan alguno que abarcara en su totalidad los varios aspectos del problema. La misma Revolución escapó a las influencias de los sociólogos. No se podría negar que la Convención contó con algunos elementos, que sin tener una idea neta de la estructura social, aceptaron algunas reformas que ya implicaban un notable progreso en el dominio de estas ideas: Saint-Just y, en algunos épocas, Robespierre y la Montaña. Babeuf, nacido en 1764, inició el primero, un proyecto de revolución social en la época del Directorio. La naturaleza, exclamaba él, ha concedido a todos un

derecho igual a los goces que ella encierra. La sociedad tiene el deber de defender a los débiles de las usurpaciones: que ella se constituya, pues, en única propietaria de la tierra y declare el trabajo una función pública. La instrucción misma, idéntica para todos, se concretará a leer, escribir y contar, lo que deberá ser la única garantía de la igualdad social. Descubierta la conspiración que Baboeuf preparó para adueñarse del poder, al ser detenido y condenado a muerte, dióse una puñalada en presencia de sus jueces. En la misma época, Roberto Owen, hombre inteligente y de gran corazón, se propuso mejorar en Inglaterra el estado moral de la población obrera, desarrollando el plan de una gran fábrica, de la cual llegó a ser propietario. Imaginaba él una sociedad sin principios ni jerarquías. El hombre, afirmaba, está sometido a la fatalidad; no existe ni bien ni mal; no existe responsabilidad. La sociedad no debe reconocer lazo alguno: que practique ella la comunidad, pero una comunidad sin organización.

El Primer Imperio detuvo en Francia la evolución socialista. En cambio la restauración, estimulada por sus tendencias sentimentales, procuró el despertar de los espíritus, por lo que fueron aceptadas las teorías de Saint-Simón, primero y, más tarde, hacia 1830, las de Fourier; sistemas doctrinarios, matizados de un misticismo filosófico innegable, del cual sólo conclusiones empíricas podrían desprenderse.

Las ideas de Saint-Simón se encuentran esparcidas en numerosas publicaciones y adolecen de no pocas contradicciones, que hacen difícil la tarea de

formular un resumen de ellas. Se concretaba dicho pensador a buscar un sistema que realizase su fórmula: "*A cada uno según su capacidad; a cada uno según sus obras*". Pensaba que la Revolución no había hecho sino una obra negativa. Sobre lo destruído, se imponía la reorganización, con tanta más fuerza cuanto que la libertad en sí misma no es un fin. El hombre no se asocia para ser libre, condición que mejor se consigna permaneciendo aislado. El fin de la sociedad, es la producción de cosas útiles a la vida. Los hombres deben considerarse como enganchados en una compañía de trabajadores. A la sociedad corresponde la dirección de los esfuerzos de cada uno. Saint-Simón propuso un régimen parlamentario, con el fundamento de tres Cámaras: una de invención, integrada por ingenieros y artistas, encargados de descubrir los trabajos que convenía emprender; una cámara de examen, compuesta de sabios que reglamentarían las iniciativas de aquéllas; y, finalmente, una cámara de ejecución cuyos miembros, escogidos entre los industriales más ricos, manejarían los trabajos acordados. Ya al final de su vida Saint-Simón dió a sus doctrinas un carácter religioso. En cartas dirigidas al Rey, presentaba su sistema como un resultado de los verdaderos principios del cristianismo, falseados hasta ahí por la Iglesia. El cristianismo, según él, habría de convertirse en la religión de la industria.

Ni Saint-Simón ni Fourier lograron contemplar el triunfo temporal de sus ideas. Los escritos del último, publicados hacia el año 1808, no llamaron la atención sino después de su muerte. Encargáron-

se los discípulos de conservar las doctrinas del maestro en toda su integridad. Dios, decía Fourier, no ha podido querer el mal, y sólo por estar reprimidas nuestras pasiones por una organización social viciada, resultan peligrosas. Se impone organizar la sociedad de manera que cada una de estas pasiones pueda ser satisfecha con utilidad. Como resultado de ello, abogaba Fourier por que se constituyesen asociaciones convenientemente integradas en donde cada cual obedeciese libremente a las inclinaciones de su espíritu, contribuyendo así a la producción de objetos necesarios para la vida. Él llamaba a este régimen "*el orden combinado*", sistema que suponía la explotación del suelo y el consumo en común. La organización de cuatrocientas familias congregadas en un mismo campo, se llamaría un Falansterio.

La escuela de Fourier subsistió hasta 1848, época en la cual el entusiasmo por sus ideas, parecía a punto de extinguirse. Los tratadistas abandonaron el misticismo, al buscar un apoyo en principios jurídicos, para resolver el problema social. Muchas de las teorías de esa época se han echado al olvido; pero aún se comentan el sistema de la organización del trabajo de Luis Blanc, y el del mutualismo de Proudhon. El primero de los mencionados expositores considera que la sociedad debe asegurar a todos medios de vida, es decir, procurarle a cada cual un trabajo para subvenir a sus necesidades. Para llenar esta obligación debidamente, el Estado debe hacerse productor, jefe de Taller. Llegaba así a proponer la creación de tres talleres sociales: taller industrial, taller agrícola y taller de cambio. En los



dos primeros se produciría; en el tercero se venderían los productos fabricados y se comprarían las materias primas. La industria privada desaparecería al no poder soportar la competencia de los talleres sociales. El Estado llegaría así a constituirse en único productor, actuando los ciudadanos todos bajo sus órdenes. Luis Blanc en el Gobierno Provisional, fué nombrado Presidente de una Comisión Permanente para los trabajadores. Los talleres nacionales se fundaron, pero sin resultado alguno satisfactorio.

El socialismo, lo mismo que el comunismo, hubo de ser criticado por Proudhon, a quien debemos considerar, por sobre todo, como un completo polemista. Entre la espesa tela de sus contradicciones, no pocas ideas interesantes pueden recogerse. Afirma que por ser el trabajo lo único productivo, el capitalista no tenía derecho sino a la restitución de su capital, y todo lo que fuera plusvalía en la producción debía volver al obrero. Este debe estar en condición de readquirir el producto, con su salario. Para darle efectividad a tal tendencia, Proudhon pensó en el crédito gratuito, es decir, en la supresión del interés.

Las teorías de los socialistas franceses, faltas de un sistema coherente, perdieron su oportunidad al ser desplazadas por una nueva: el colectivismo, nacido y desenvuelto en Alemania. C. Marx, espíritu muy sutil y dotado de erudición, en su libro *El Capital*, abarcó la sustancia de dicho sistema. Juzgadas las cosas sólo por su apariencia, podría pensarse que los colectivistas han aportado una fórmula nueva, para resolver la cuestión social. En el

fondo, ellos se han inspirado en ideas básicas del socialismo francés, no sin darle mayor precisión científica a la exposición metódica de sus planes. El punto de partida que toman, nos es ya conocido. Es la afirmación de que siendo el trabajo, o la fuerza del trabajador, lo único productivo, el capitalista que recibe un interés, explota al obrero. Proudhon había declarado ya que el obrero debe readquirir con su salario, el producto. Desde luego, los socialistas alemanes presentan la tesis en una forma más hábil, más atrayente, con más derroche de razonamientos, enlazados unos con otros, por una dialéctica vigorosa y muy impresionante. En cuanto a la forma práctica del sistema, el plan por ellos formulado nos recuerda los talleres sociales de Blanc. Para los colectivistas, el capital colectivo ha de reemplazar al individual, a efecto de impedir la explotación de las clases trabajadoras. El Estado debe ser propietario de todos los medios de producción (útiles, materia prima, tierra); debe organizar la industria que ha de funcionar bajo su dirección, y los trabajadores sólo serán retribuidos proporcionalmente al valor de sus esfuerzos, por bonos que se cambiarán en mercancías solicitadas por ellos. Este plan, juzgan los colectivistas que respeta, hasta donde ello es posible, la independencia individual. Al dejar a cada cual el derecho de escoger sus consumos, manteniendo así la propiedad y la herencia en los límites que marcan estos mismos consumos, impide al hombre explotar a sus semejantes, consintiendo la única riqueza, cuya apropiación no origina tan funesto resultado.

Quienes adversan los diferentes sistemas resumidos aquí, como métodos para resolver la cues-

tión social, consideran, entre otras razones, que es pueril insistir en ensayos que no se conforman con el sentido lógico de la historia, por lo que se quiebran ante las sorpresas de la vida, la cual se hace ostensible en un devenir que jamás se interrumpe. Por otra parte, la economía planificada resuelve problemas, con precisión, sobre el escritorio de los estudiosos; pero, al adaptarse a las múltiples estructuras económicas amparadas por la tradición de los diversos pueblos, o sostenidas en la configuración geológica y geográfica de las zonas económicas que integran el mundo, toda la planificación se derrumba, imponiendo constantes adaptaciones de muchos aspectos de las fórmulas que se desecharan, cuando no obligando a hacer una mezcla de sistemas, tal como se ha visto en los últimos tiempos, en el caso de Rusia. Con todo, creo prematuro el momento para decir la última palabra en relación con este caso, el más trascendental, desde luego, de cuantos se ofrecen hoy a la contemplación de los historiadores y sociólogos. Lo que parece indudable, es que luchan frente a frente dos mundos: el uno con plan y el otro sin plan, como lo afirmó en una conferencia dictada en París el eminente Rector de la Universidad de Columbia.

## El método histórico y el espíritu internacional

Comprometida como se halla hoy la atención de los más selectos pensadores en buscar las fórmulas que desenvuelvan el amor a la paz, del cual sólo puede nacer el espíritu internacional que consiga el verdadero desarme moral de los pueblos,—único esencial,—en lo que atañe al método histórico, ningún problema preséntase superior al que se refiere a la irrupción de aquel espíritu, en dicho método. En general, la enseñanza de la historia en los pueblos más avanzados por su poderío y su cultura, hasta el presente, se ha caracterizado por la tendencia a exaltar las pasiones nacionalistas, inspirándose en lo que el agudo escritor, Francis Delaisi, con no poca razón llama el mito de la nacionalidad. Veinticinco siglos de historia nos demuestran que en este campo, como en los otros, no hay nada incommovible, definitivo. En las setenta y cinco generaciones que estudia la historia de la civilización occidental, esta civilización ha cambiado aproximadamente siete veces el curso de sus ideas básicas y la forma de las instituciones sociales plasmadas con ellas. Desde el siglo I al siglo VI toda Europa adoptó la fórmula cristiana, a pesar de las grandes diferencias que separaban a los pueblos entonces existentes; en el siglo X imperó la fórmula feudal; la teocrática en el XII; en el XVI se constituyen las monarquías abso-

lutas, y el siglo XIX alumbró las conciencias con el fulgor de las ideas democráticas de que estaban impregnados los mensajes de los grandes enciclopedistas franceses. ¿Cómo, pues, cabría aceptar un método histórico, afectado de intolerancia, siendo así que en la estructura íntima de la sociedad misma se manifiestan ciclos de profunda evolución, ofreciéndose la trayectoria de los pueblos en el amplio escenario de la historia, no como la sucesión de puntos que va formando la línea recta, sino como una superposición de diversas capas culturales, cada una de las cuales ostenta su propia fisonomía? Profesores hay que suelen emplear todavía el método catequístico o el método del dictado. Otros siguen el narrativo o expositivo y, no pocos, el de la lectura comentada. Para nosotros, cada uno de dichos métodos presenta sus ventajas y tiene sus defectos. Después de nuestra dilatada experiencia al servicio de la enseñanza nacional, creemos que el mejor de los métodos es el buen profesor o, en otras palabras, que sobre los métodos o sistemas oficiales,—en el fondo más o menos empíricos todos—ha de prevalecer siempre la insustituible aptitud del maestro “pur sang”. Esta última apreciación nuestra, permitirá comprender hasta dónde buscamos, en tratándose del método, uno que ofrezca amplio campo para el juego de las diversas facultades del educador consciente. Y si a esto propendemos al buscar la posición del agente activo de la más hermosa de cuantas labores se haya concedido realizar al hombre, la de educar, no otra habría de ser nuestra actitud al presentar el sistema dentro del cual se colocará la mente del agente pa-

sivo, es decir, el sistema con que habrá de desenvolverse el complejo de facultades del alumno; semillero de sorpresas, noble esperanza confiada a los privilegiados atributos de quien tiene la obligación de ser el más hábil de los artífices: el maestro. Obligados como estamos moralmente a declarar, después de lo expuesto, cuál sea el método que mejor realice los propósitos ya señalados, diremos que para un país pequeño y pobre como el nuestro, en cuyos establecimientos docentes se carece de un material completo de enseñanza, y en el cual no se ha formado aún en el ambiente la tradición histórica, ni existen museos y exposiciones que puedan objetivar ante la inquieta mirada del alumno, todo lo que fué, todo lo que pasó, conviene aplicar el método activo o eurístico, no sin abandonar del todo el expositivo, hoy relegado a un plano secundario en los grandes pueblos. No debe olvidarse que la enseñanza de la historia, así como la de las ciencias de la naturaleza, ha de servir de pretexto para llevar a los alumnos a observar y analizar con propiedad, a medir, razonar e interpretar, en suma, a despertar de continuo el esfuerzo personal de aquéllos. Inspirado en estos propósitos el pedagogo francés Roger Cousinet, ha redactado un programa de enseñanza dedicado exclusivamente al estudio de la evolución de las cosas (máquinas agrícolas, habitaciones, vestidos, etc.), en mucho semejante al que aconsejara el Dr. Decroly, cuya escuela se halla fortalecida por un soplo emanado de la vida misma. Claro es, que en un ambiente grande, dotado de museos y cuadros comprensivos de brotes de todas las épocas y culturas, y en donde los alumnos puedan usar el material que la más cui-

dadosa investigación requiere, el profesor, siguiendo el consejo de Kerschensteiner, dejará que ellos adquieran por sí mismos las nociones de historia consultando las descripciones contemporáneas de los acontecimientos o las demás fuentes; estimulará, rectificará, coordinará después el trabajo de los discípulos; pero serán éstos los que habrán de esforzarse en aprender historia por sus propios medios. Pienso que aquí este sistema debe aplicarse discretamente por las razones de ambiente antes apuntadas, y no creo que debamos prescindir del método expositivo, el cual siempre que las lecciones orales del profesor sean verdaderos modelos pedagógicos, logrará impresionar vivamente el espíritu del alumno, despertando con el recurso, a menudo frío, de la palabra, lo que la realidad misma, con la soberana elocuencia de los hechos, suscita en él cuando se encuentra colocado en el teatro de los acontecimientos que se rememoran. Por lo demás, este método nos permitirá reunir en síntesis ordenada y transparente los imprecisos tonos y matices de cualquier estadio de la evolución, a efecto de ayudar eficazmente la preparación personal del alumno. La necesidad de comentar, por modo concreto, el sistema o método que ha de seguir el profesor al hacer sus lecciones, nos ha alejado un tanto del propósito esencial que perseguíamos con estos rápidos apuntamientos: establecer las relaciones del método histórico con el espíritu internacional. Ya colocados en este punto, séanos permitido declarar la íntima convicción que abrigamos de que el internacionalismo, como el primer paso para llegar al más sincero y justo humanismo, no es una consideración extrahistórica, que

se ofrece quebrantando el sentido objetivo en que se inspiran estas disciplinas, convirtiéndolas en utilitarias y tendenciosas, como lo pensara Mr. Hauser. Ciertamente, la historia debe presentar un carácter independiente ante la política tendenciosa de los gobiernos, pero esta independencia no ha de llegar hasta el extremo de que ella olvide las profundas realidades del momento en que se vive. La interdependencia moral, intelectual y material de los pueblos se ha impuesto como una realidad incontrastable, nacida quizás en las entrañas mismas de los talleres en donde se ha forjado el fantástico progreso mecánico, nota culminante de la época a que asistimos; y esta interdependencia palpita vigorosa, no obstante el obstáculo que todavía le ofrecen los moldes de la estructura nacionalista, inapropiados ya para contener su fuerza expansiva, avasalladora. Dado así el espíritu internacional, como un hecho evidente, la necesidad de comprenderlo y de vivirlo, se ha impuesto. Y llegar a esto, a la cabal comprensión del tiempo presente, de la sociedad en la cual viven y prosperan nuestras jóvenes generaciones, ha de ser uno de los fines primordiales de la enseñanza de la historia. La Liga Internacional de mujeres para la paz y la libertad, en sus congresos de 1915 y 1919, insistió en este principio: *“La política debe ser regida según los mismos preceptos de moral humana que gobiernan la vida privada”*. Esta asociación recuerda constantemente, lo que no debe olvidar jamás, el profesor de historia: que las naciones no son entidades abstractas, sino que, en forma distinta a las piezas del ajedrez, se componen de seres humanos, de uno y otro sexo, que viven, sufren y mueren!